

23 abril 1963.

Prof. Dr. J. Ferrater Mora.
Bryn Mawr College
Bryn Mawr. Penn.

Mi querido amigo:

Acabo de terminar "El ser y la muerte", y empezaré esta pidiéndole perdón si mis elogios ofenden por la ignorancia con que me verá obligado a razonarlos. Le agradezco profunda y muy sinceramente la lectura de su libro, aunque tal vez se la agradezca por motivos que usted juzgue disparatados e inaceptables. Sin embargo, como no se trata aquí de analizar la validez de mis críticas sino su obra, que considero estupenda, iré al asunto sin más rodeos.

Permítame, ante todo, alabarle el estilo por diáfano y desnudo. Alguien debería escribir algo sobre el estilo de los filósofos españoles, y darle a usted en tal libro un puesto de honor. Sin remontarnos a claridades y cortesías orteguianas, que tal vez se presten a mala interpretación por quienes confunden lo claro con lo obvio, su estilo como forma expresiva me parece ideal en esta obra. Frente al lenguaje algo desmadejado de Marías, o el aire resabido del castellano de Iain, usted halla siempre la palabra exacta en el sitio preciso y es diáfano no por sencillo sino por bien ordenado. Su estilo es resultado de su rigor intelectual; a un profano le da la impresión de ser "así" por "no poder ser de otro modo" y no por trabajada labor de poda y doma, como ocurre a otros pensadores. La estructura del libro se me antoja también fructuosa de la ordenada disposición que éste debió tener en su cabeceras antes de escribirle. Sus páginas más personales, y no digo más íntimas pues no hay mayor intimidad que la estrictamente intelectual del hombre con sus ideas dentro y el dentro de ellas, aquellas donde recurre a experiencias personales en apoyo de sus tesis, están muy bien resueltas. Sin retóricas, sin cambio de tono estilístico, toman un calor especial que las hace extraordinariamente vívidas. La muerte así viene a convertirse en el centro vivo de la obra, y perdónese usted lo facilón de la imagen.

Su tesis integracionista a un ignorante en materia filosófica como el que suscribe parece una especie de dialéctica armónica y armoniosa, en la que tesis y antítesis se vivifican una a otra. Por su intención, no por sus resultados, me hace pensar a veces, en un terreno completamente distinto, en la forma que Kelski trata de precisar la fuente común de determinados problemas filosóficos y teológicos. El cesar de lo inorgánico, el morir de lo orgánico y la muerte del hombre, el ser, el existir y el vivir, cobran así renovado sentido. Sólo lamento que en la parte final de su obra no hubiese dedicado más espacio a analizar y criticar la tesis de Echevarría, desde su propio punto de vista integracionista. La muerte a vista de Dios y la muerte desde dentro hubiesen podido ser motivo de un buen debate que lamento perderme. Usted dirá que lleve la cesa ahora por deslindes dramáticos que no vienen al caso, pero sigo creyendo que su libro no perdería nada si ampliase esta parte.

En fin, mi buen amigo, esta carta llegó a su fin, aunque le parezca quizá que nunca tuvo demasiado principio ni sentido, sirva, al menos, como excusa para enviarle con ella un saludo afectuoso de

19-V-63.

Carlos Rojas